

## MARTI, HOMBRE TOTAL (\*)

Tiene José Martí, en su hombría sin gemelo, un sólo adjetivo: total. A toda talla se enfoca al hombre José Martí. Y, por la substancia de totalidad que trajo de cuna, pudo ensartar en un común intento los afanes libertarios de un pueblo párvulo resistido contra su fatalismo esclavista.

Echa uno al ojo la obra de Martí y lo ve de un trazo. Se entrega con la pluma el buen domador de la pluma. Vienen sus volúmenes hechos con su entera levadura, y con ellos, — en cada letra —, la sangre vital.

Denuncia su ideario la presencia de un superior. Aquel que arrancó hacia la plenitud por todos los caminos, fué, en cada uno, luz de vanguardia. Se le vió entrar con marcha propia en las disciplinas multiformes del saber, y salir de sus honduras con la cabeza repleta de savia y el grosor enciclopédico de su palabra. La adolescencia adelantó su vocación redentora: todavía Pepe, firmó ante el porvenir su cédula política. Con el grillo del presidio colonial le vino el bautizo de militancia. Ya en lo adelante, la vida se le hizo dolor y la patria oficio. Abrió sus brazos de veinte años en la cruz del deber ciudadano y la agonía le comenzó cuando aún miraba como niño. Vivió en agonía José Martí, y es la única vida legal

---

(\*) Conferencia leída por el autor —uno de los valores más expresivos de la nueva generación literaria de Cuba—, en su carácter de jefe de la Sección de Cultura de la Secretaría de Educación de La Habana, con motivo de inaugurarse la “Hora de Martí”.

mientras el hombre no sea en la tierra — polo a polo, sin meridiano ni ecuador — el dictador de su destino.

Suena y rima la biografía. Suena rimada, ajustada en su múltiple intensidad. Y es que, en el hombre total que hay en Martí, cae vértebra sobre vértebra en la gama de su actividad numerosa. Un lado complementa al otro y cada arista se refleja intensa sobre las caras del poliedro de vidrio limpio. Hay un estilo, que delata al atleta de marathón. Hay unidad. A despecho de su multiplicación, se sigue la figura apostólica y se la ve proyectada, en color firme, sobre el bloque de su biografía de cien capítulos.

Los fundadores, los que han dejado huella perpétua de su paso por la historia, tienen un pedestal común: la utilidad. Ser útil es, en la “difícil carrera” de hombre, entender la hora y pronunciarse acorde. Vivir el tiempo. Martí era un graduado en esta habilidad. Precozmente, “hizo en cada momento lo que en cada momento fué necesario”. Esto, que se me ocurre llamarle contemporaneidad, fué el vértice del gran cubano. Útil a su generación, útil al futuro, anduvo montado sobre el potro sin bridas de su fe. Sus cuarentidos años son un balance sin débito. Porque, la totalidad martiniana — sabe bien repetirlo — es el colmo feliz de la utilidad. Nunca entre nosotros persona alguna recorrió trayecto tan extenso con pie mejor plantado. El universitario, el poeta, el amoroso, el prosador, el revolucionario, están subrayados por un carácter, siempre provechoso, aunque utilizable para un mejor mañana de todos.

---

En ángulo abierto frente al sacrificio, tiró Martí su tarjeta de soldado de la libertad a la cara del régimen. Sin plazos imprudentes, el duelo le consumió sus cuatro décadas. En él fabricó una república y dejó a su América Hispana el programa a salvar.

Político de marca, no dió excusas ni treguas a su compromiso con la humanidad. Fundió la protesta anárquica y el

machete sin plan en una conducta, y, cuando la bala de Dos Ríos le partió el pecho — todavía salitroso del aire del mar — bajo el cráneo de Martí estaba pactado el rescate de la dignidad cubana.

Delata su genio el que ve con antelación. El talento, dado a ser precoz, anticipa y madruga los hechos, como la columna de mercurio anuncia los fríos. Martí, tatuado con la veta del genio, adelantó proféticamente el camino espinoso de la colonia y las urgencias de la defensa mambisa. Día a día, aquí en su isla, en su peregrinación por las dos Américas, en su áspero destierro español, dijo a voz de grito los intentos necesarios para la liberación. Nuestro destino y el de América y el del mundo, eran la pasión primera de aquel privilegiado de la pasión. Su testamento político — en carta a Federico Enríquez Carvajal — hecha a saltos de emoción, “conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo, acaso, abandonado”, es la síntesis prestigiosa del político José Martí. Ante la muerte — sin sustos vanos — anda suelta la proa y estalla con cada golpe de sangre. Al que vive con la muerte abocada, en agonía gustosa — agonizar se hace verbo de jerarquía —, tiene siempre su última carta echada a tiempo. “Es la almohada la muerte”.

Cuba-Antillas-América, son los tres puntos de un itinerario que se remata en el mundo. De una misma tinta nacieron estos renglones: “La amargura de mi tierra se me entra en el alma y me la tiene loca”; “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.

A Cuba la vió, trágica, en el crucero insalvable de los Estados Unidos poderosos; la vió ahogada entre las aguas de la marea imperialista, presa sin indulto en la avanzada de los geófagos.

A América la vió indígena y de buena carne; la vió sin tallado — en su roca viva de los Andes — hinchada de promesas. Y tanto la quiso y mimó, que, dicen los que le andaban

cerca, se le arqueaba el pecho como a los cóndores orgullosos, cuando de ella hablaba, y tenía en cada sudamericano un simonbolivar y le quemaba el rencor de no ser “maestro de indios”. La absorbía toda — continentalmente — como se absorbe todo el jugo nutricio de la madre.

Al mundo lo llamó patria, como lo llaman ahora los hombres del trabajo, los hombres que lo esperanzaban. Le cupo todo lo bueno del mundo en el corazón.

Martí, líder político, megáforo en rojo señalando el veneno de la colonia y los peligros de la república que venía, es el ingeniero de Cuba. Trazó la democracia que debió de pertenecernos y acusó — nuevo Mazzini — al águila yanki, amando al pueblo de Washington. Llegó Martí, en una de sus crónicas, hasta la dialéctica materialista de Karl Marx y se anticipó al judío de Treveris presumiendo la fase imperial como derivado económico dentro del aparato del capitalismo financiero. “Abogado de los humildes”, el realista formidable que llevaba adentro, lo hubiera puesto hoy, como ayer, del lado de la justicia social. Esto, sin más salida. En sus versos sencillos, — que no permiten otro título —, declaró: “Con los pobres de la tierra — quiero yo mi suerte echar”. José Martí, desde siempre y para siempre, portó carta de ciudadano del mundo.

---

Poeta fué Martí. Y poeta martiano. Pocas veces se enfrenta uno con tipo tan enemigo de la secta. Su verso le retrata, le calca. Es un generador permanente de la emoción, y ya con eso es poeta permanente. Navega sobre la emoción la vida de Martí y toda ella es una, desde el parto que la dió hasta la sepultura que le guarda.

Sin forzar consonantes — nada fuerza quien tiene todo lo bueno en demasía — anda su verso como las espigas libres, al juego del aire que le insufla el poeta. En tres colecciones dejó el regalo. Al hijo, en línea recta de refugios paternos, dió una. Y esa, y las otras, y las que acaso andan anónimas

o perdidas, las dió con limpieza de estilo, con registros personales, dentro de la escuela única que él siguió: la martiana.

---

¿Y el hombre de amor? Amó a todo lo digno de amar. Amó hasta la frontera del exceso. Se gozó a sí mismo su cantera de gran amador. “Amar no es más que el modo de crecer”. Y se paseó con botas de gigante y en zancos firmes este hombre de amor.

Madre, hermanos, amigos, hijo, esposa, mujeres, multitudes. Amor a las madres, que son “sensibilidad exquisita y dolor inconsolable”. Hay que verle — con el recurso esforzado de la imaginación — recitar aquel poema dulce y primero que dedicó a su madre, la que también recogió su carta última. La madre iba siempre con él “en su creciente y necesaria agonía”. Aquella resignada que se dolió “en la cólera de su amor, del sacrificio de su vida”.

No disfrutó el muchacho del apoyo del hogar en su lucha naciente. “A la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice” compuso sus trabajos iniciadores. Don Mariano, hecho a la rigidez de la celaduría del barrio, valenciano seguidor de la ley, no amparó las rebeldías del hijo pródigo.

Mendive, su maestro, su impulsor generoso, le cogió parte buena de cariño. Y Valdés Domínguez, el amigo fidelísimo de todas las estaciones, el coeditor de “El Diablo Cojuelo”. Y Gonzalo, el discípulo.

Ana, Antonia, Amelia, sus hermanas que cuidó como hijas, todas ellas, se le hacían un haz filial.

Mujeres, muchas, pasaron por él y quedaron en él. “Vagabundo y como sin objeto anda el ser vivo por la tierra si no tiene, en cada encuentro rudo, para su frente sulfurosa y herida, asilo en algún seno de mujer”. Turista obligado por tantas condenas despóticas, tuvo mujeres ricas de amor en cada paradero de su exilio. En un pedazo de tierra nueva, una nueva mujer. En México, la clásica y discutida Rosario, y

otras que sus biógrafos repiten y otras que se fueron — incógnitas — con el ritmo de su pecho. Allá en Zaragoza despidió para jamás la mujer que enamoraba bajo la luna de la Pilarica, en la noche desoxigenada por ramas de almendro. Y en el Norte gélido, y en la Venezuela libre por la voluntad de Simón Primero.

Amó con el ojo tibio, a veces como el “Adiós” de Neruda, “con el amor de los marineros — que besan y se van”. Otras — diría que todas menos una por darle excepción a la regla — cada perfil de mujer quedó como un gobelino de sus galeñas.

Tuvo corazón para cada mujer José Martí. Y a cada mujer que fué, contagió de gloria. Una, sin fuerzas para la ausencia, por la ruta de la gloria se sumergió en la noche profunda. Hubo una niña de Guatemala... muerta de amor. En su lecho blanco, en su reposo de lirios tiernos, la besó Martí.

Y una elegida le dió el hijo. Quiso perdurar la especie el que a la especie prestigió. Porque, el fin de la especie era su intranquilidad.

---

Humanidad fué su bandera-insignia. Lazarillo de los inválidos morales; agua fresca para los sedientos de caridad. No pasaba hora sin arrancarle un auxilio o una bondad.

Gran poseso del bien, lo vació, con filantropía, sobre los ajenos sin recursos. Huérfano de vanidad no quiso distinciones ni dineros. Ensalzó a los altos. Sepultó a los de siete meses. Dijo de Grant y de Hidalgo y de Cecilio Acosta y de Emerson y tantos grandes, filigranas nunca oídas ni mejor sentidas. Caballero siempre, se descubrió ante los superiores de la inteligencia y de la virtud.

---

La semilla, los niños, “que son los que saben querer, que son la esperanza del mundo”, le llenaron su más cuidado empeño. “Pedagogo instintivo” — ya Juana de Ibarborou lo resalta — el gran educador, en la “Edad de Oro”, publicó el mensuario que confortaba a la niñez de estos pueblos. Lee el niño de América, en su tránsito de cuatro meses, la revista, y ya es humano; ya le crecen los años con voto de honradez. A una niña centroamericana la escribe Gabriela Mistral en un autógrafo: “No te olvides, si tienes un hermano o un hijo, de que vivió en tu tierra el hombre más puro de la raza: José Martí, y procura formarlo a su semejanza, batallador y limpio como un arcángel”.

El recio quehacer de la revolución — sagrado reclamo — le quitó de trillos vocacionales. En otra época sin rudezas indispensables de lo político, José Martí hubiera salvado su fiebre de magisterio.

El querer enseñar le hizo dictar conferencias y lecciones a hombres y menores. Tema abierto: literatura, historia, sociología.

En centros obreros, en logias, abrió su cultura, que era, en su opinión certera, cosa a repartir y nunca capellanía. El orador preñado de imágenes, y de verbo caliente y cívico, llevó el escalofrío a las multitudes de New York, de Tampa. Donde subió una tribuna, calzó con ella la batalla por la libertad. El periodista — siempre el escritor cuidadoso y pulcro — fue una fusta defensiva del decoro. Se lo exigía todo a la prosa, el periodista cubano.

---

Síntesis iluminada es José Martí. Hombre asistido de todas las esencias que cuajan el lado rosa de la vida. Desde su cúspide, sin jaetancias, humildísimo, bajó a todos los planos, para sentirse al calor de todos los seres que fueron sus hermanos, sin clases ni pigmentos, en una liga ecuménica.

Su frente de libertador — que vieron arrugarse los emigrados — fué la garantía a vista del hombre total que la llevaba; del hombre útil y manso — empinado en su siglo — con la pupila posada en el mañana democrático de las mayorías.

Sin desvíos, sin fatigas, místico, murió callado, a su hora, como quiso. Murió el evangelista de América sobre la manigua arisca, con el sol de mayo en la frente que redactó el Manifiesto de Montecristi.

FERNANDO G. CAMPOAMOR